

# La quimera

*Para Bernabé Fernández-Canivell*

Súbitamente, como si la luz se hubiese violentado con la geometría cuadrangular de la plaza, inundada de reflejos, me sentí catapultado hacia mí mismo, despojado de una lógica apodíctica que creía dominar como racionalización de la incoherencia, el absurdo tal vez, que progresivamente se había ido apoderando de toda posible, y ya inútil, causalidad.

Miré en derredor, lentamente, con esa parsimonia analítica de quien se sabe huérfano a pesar de un principio de la realidad terciado, en todo caso, de una cierta mitomanía que sacraliza jerarquizaciones y subordinaciones. El anciano, lo presentía, seguía atento a la torpe peristaltia de las lombrices decapitadas, que se retorcían de dolor.

Intenté, en un último y lamentable esfuerzo de la memoria y el conjuro, reconstruir los antecedentes, uno tras otro, de aquella situación angustiosa. Cerré los ojos hasta lastimarme. Mi cuerpo se abandonaba a una laxitud equívoca, incontrolable, como si fuese imantado por una fuerza centrífuga controlada telepáticamente por alguien que hubiese previsto mi derrumbe con precisión matemática.

La angustia inicial se trocaba paulatinamente en desconcierto, casi en el pavor que preludia toda anagnórisis, íntima pulsión de la carne que se petrifica, horrorizada, ante la imagen de la propia consunción: un frío subterráneo, profundo, afloraba incontenible a mi piel y la escarchaba hasta resquebrajarla.

El anciano me miraba atentamente desde sus ojos acuosos. Intenté sonreír pero la rigidez de mis labios, reseco, me alertó a tiempo de una nueva metamorfosis no prevista. El anciano parecía estar dispuesto a revelarme, confidencialmente, un secreto que le torturaba, que le asociaba directamente a mi drama, que podía, sin duda, romper el hechizo y la fascinación, y liberarme.

Volví a cerrar los ojos e intenté reconstruir las etapas que me habían vinculado a la catástrofe.

El Chiva jamás conculcaba el código de las analogías y las equivalencias. Había reglamentado su vida como un sistema de autorreferencias absolutamente autónomo. Nada ni nadie hubiera podido interferir en una casuística cuyo único referente lindaba con la subrealidad. Había inaugurado su programa de aniquilaciones con el alejamiento máximo que había podido lograr: mil trescientos kilómetros le separaban de su tierra de origen. Había venido al Sur dispuesto a dinamitar un pasado que no dudaba en conceptuar de fiasco y carnavalización. Su llegada al Instituto había estado precedida por una limitadísima letanía de renunciadas: un paisaje atosigante, insoportablemente monótono, donde los verdes se ahogaban entre brochazos de amarillos macilentos; una familia tutelada por una heráldica de escudos herrumbrosos, grifos apolillados y unas flores de lis desmayadas en búcaros sepultados por el polvo secular; un padre prometei-

co que se había degradado inopinadamente hasta erigirse en bufón de una corte presidida por la figura, odiosa y odiada figura, de una madre prusiana y dominante; una Universidad provinciana que apestaba a orines y beaterías de pedantones metidos a decanos de la marrullería, el servilismo y la sevicia; y poco más.

Como hombre de orden, no podía consentir que ningún imprevisto viniese a arrumbar su rígida mecánica de causas y efectos. Apenas hablaba con los compañeros. Frente a las compañeras, jamás consintió que su misoginia cerval se viese equiparada a una vulgar reacción de desprecio: ninguna de ellas llegó a sospechar que bajo su cortesía se ocultaba un resentimiento añejo, rancio, volumétrico. La única excepción digna de reseñar era la de su inasistencia a la primera clase de los lunes.

Lo paradójico. Eso es. Obviar, sea como sea, los sincretismos espaciotemporales. Establecer un canon de categorías y valencias para desarmar la equívocidad.

Abrí los ojos. Nada había cambiado. El anciano, que seguía envejeciendo irremisiblemente, me miraba lastimeramente. Comencé a odiarlo.

Se escudaba en la barbarie de una amoralidad sin límites para transferir e inocular a sus alumnos, exitosamente, el mismo resentimiento hacia la condición humana que él tan celosamente alentaba. Sus lecciones magistrales (!) eran discursos cifrados en un alfabeto de exclusiones y antítesis: creaba mitos fugaces que inmediatamente destruía con la vesania y la vileza de quien conoce desde siempre la fecha de su muerte. Nada le repugnaba más que la masedumbre, la mediocridad y el quietismo de unos compañeros resignados a su condición de funcionarios satisfechos de su miseria; como los cerdos criados con bellotas falsamente nutritivas, que gruñían de alegría cada vez que se aproximaban las vacaciones estivales. Jamás polemizó con nadie. Se mantenía discretamente alejado, como reservándose para el día de un pentecostés parusaico y exclusivo en el que, al fin, se gozaría procazmente con su apoteosis.

Abandoné el Instituto a las cinco en punto, como todos los miércoles. Dos minutos más tarde, subí al destartalado autobús que desde Ciudad Jardín me conduciría a la Trinidad. Me apeé demorando al máximo el descenso, obstruyendo la salida de los más presurosos: una mujer corpulenta que resoplaba exhalando un hedor metífico; un mozalbete espigado que acariciaba sus genitales con una impudicia apenas disimulada; y un caballero que mesaba con nerviosismo una barba rala y canosa.

Eché a andar en la dirección prefijada, como todos los días: el sol, en la lontananza, parecía sucumbir a su propia soledad.

Era apreciado, ante todo, por su inimitable forma de hablar: aderezaba cada frase (rotunda, precisa, almibarada a veces con una guarnición de neologismos sabiamente dosificados para provocar sorpresa o desconcierto, admiración o envidia) con una gesticulación adocenada pero eficaz; su interlocutor (nunca participaba en tertulias o conventillos) quedaba invariablemente atrapado, sí, hipnotizado por una mímica en desuso transida de resonancias vicarias, subyugado, sin duda, por la perfecta conjunción de la palabra y su rúbrica. Construía largos, larguísimos períodos, salpicados de complejos paréntesis y remansos explicativos, como si sus parlamentos tuviesen como único destinatario a un eximio profesor de lógica dialéctica. Nadie sobrevivía a sus soliloquios sin la sensación de haber sido burlado o, cuando menos, utilizado como simple mecanismo de autoafirmación. El parecía entusiasmarse consigo mismo cada vez que alguien opta-

ba por una discreta retirada, excusándose por sentirse agredido en su intimidad ladina-mente desnudada.

Crucé la Alameda y me detuve frente al nuevo edificio de Correos, todavía en construcción. Encendí un cigarrillo: la acidez y el amargor de la primera bocanada me deleitaron durante unos segundos; repentinamente, arrojé el cigarrillo y lo pisoteé con furia. Me sorprendió mi propia intemperancia. Alguien me empujó por detrás, con suavidad, como indicándome la dirección a seguir. Giré hacia la izquierda y no logré sorprender a mi agresor: un grupo de turistas me adelantaron en tropel, parloteando a voz en cuello y haciéndome guiños indescifrables.

Fue en ese momento, estoy seguro, cuando los puntos de referencia, tan minuciosamente diseñados, comenzaron a descentrarse a una velocidad de vértigo. En lugar de sistematizar una estrategia de supervivencia, huyendo en sentido contrario, sucumbí al abatimiento de lo incongruente: Ese fue, creo recordar, el instante fatídico en que equivoqué, errátil, la ruta, trastocando todos los datos hasta entonces perfectamente sincronizados entre sí. Inmediatamente descarté, por falaces, posibles respuestas como alucinación, pesadilla o premonición. Todo comenzaba a complicarse endiabladamente: había penetrado en un laberinto de múltiples senderos y cuya salida no aparecía por ninguna parte.

Gozaba de su soledad como una claudicación sutilmente reglamentada y cuyo diccionario estaba alfabéticamente ordenado con términos tan dispares como Proporcionalidad, Disonancia, Emblemática, Geometría euclidiana de las abcisas sobrevoladas, Paralipómenos, Retribución, Libro de los Libros, Bestiario, Ninfoclastia, Encabalgamiento, Metáfora especular, Mímesis desantropomórfica, Apocalipsis, Fabulación, Teoría de la Cotidianidad, Poética de lo Inverosímil.

Se trataba de una gramática de la irracionalidad o, si se quiere, de una morfología de lo dúctil, lo esquizomorfo y lo rizomático; en definitiva, un manual en clave para un nuevo tipo de locura viciada de una sentimentalidad hipersensitiva. Estaba fascinado, sin duda, por las hipóstasis y las alegorías.

Me resultaba imposible discriminar lo sustancial de lo accesorio. Quiero decir: nada más haber dejado atrás el pretencioso edificio de Correos, comenzaron a multiplicarse, en haces correlativos, las sensaciones de la caducidad, lo inarmónico y lo aleatorio. Súbitamente, el paisaje citadino perdió consistencia, se hizo maleable, comenzó a desintegrarse a cámara lenta devorado por un aluvión de luces superpuestas, no categorizables, como en un ocaso de soles gemelos que se devastan sañudamente con la inquina ancilar de los colosos que se destruyen para perdurar infinitamente.

En medio de aquel cataclismo de formas delincuentes, yo, testigo, único testigo de la consunción del mundo, quise traducir en una fórmula algebraica (registrable en el osario de la memoria) lo que parecía ser la colisión de dos nociones sorprendentemente excluyentes.

Apenas pude predisponerme para acoger con indiferencia la revelación (?) que adivinaba, cuando fui materialmente succionado por una callejuela intestinal, lóbrega y deshabitada: la hora de la purificación, pensé, del sacrificio ritual, ha llegado.

Ni locura ni sentimentalidad hipersensitiva. Acaso la floración, epidérmica, de un viejo rencor hacia la vida; mejor todavía: un viejo rencor contra sí mismo épicamente figurativizado como una metáfora cuajada de ambivalencias: para él, todo moral era una moral de clase; es decir: una moral ideológica. Por ello rechazaba, sin más, toda posible imputación de grosero pirronismo pequeño burgués. El se sabía muy por encima de los bizantinismos escolásticos en los que parasitaban sus compañeros. Era, en definitiva, su propio mundo, una mónada clausa y autosuficiente: un exquisito egoísta.

Algo me obligaba a caminar sin apenas apoyar los pies. Algo con una inteligencia perversa y ubicua.

Me dejé arrastrar hasta el fondo de la calleja intestinal. Aspiré con delectación, luego con prevención, recelando: Era el único modo de controlar mi propio cuerpo, que comenzaba a relajarse peligrosamente, desentendiéndose, rebelándose acaso contra mi mente confusa. Tenía que acostumbrarme, pensé, a la mecánica infernal de la escisión y la bipolaridad.

En un último esfuerzo, acaricié con sigilo el lomo del libro que reposaba en el bolsillo de la chaqueta. No recordaba ni título ni autor. Pero seguí acariciándolo con la contumacia de quien se sabe condenado a perecer sin haber formulado un pliego de descargos. Fue en ese momento cuando surgió la angustia y el temor de saberme privado de una cotidianidad que había estado magnificando durante los últimos cinco años.

Salía de sus clases demudado, con la seriedad del juez y del verdugo, satisfecho de haber intensificado en un grado el resentimiento, contra todo y contra todos, de sus alumnos. De su boca colgaba una sonrisa sucia y dulzona, cuajada de lascivia, como si hubiese descubierto la magia de un interminable orgasmo controlado por una voluntad, como él, pervertida.

Sus alumnos manifestaban hacia él una desconcertante admiración: lo idolatraban como a un padre severo pero prepotente y retribuidor; admitían su misantropía con el regusto que sigue a la ebriedad. Actuaba ante ellos con sus mejores galas; los seducía con su verborrea; los invitaba a entrar en trance; los destruía entre parabienes y gratificaciones: todos ellos lo adoraban y su clase era un tabernáculo ajeno a toda trascendencia. Oficiaba despojado de toda adyacencia, como un catecúmeno con cualidades de taumaturgo, y los enloquecía, obnubilándolos.

Súbitamente, aparecí en medio, justo en medio, de una plaza desconocida. Procuré asociar ciertos detalles con los que poder situarme y defenderme, llegado el caso. Una luz intensísima sepultaba los ángulos en un destello cegador. Estaba deslumbrado. Mi cuerpo ya no me obedecía: era una carga ominosa y execrable, una inmundicia colgada de la piel, sudorosa y corrupta. Un sudor frío, viscoso, espeso, perlaba mis sienes y descendía hacia la comisura de los labios sin poder escupirlo. La luz seguía acrecentando su fulgor, se tornaba en claridad irritante, de una blancura primigenia y letal.

Cuando me disponía a cerrar los ojos por tercera vez, el claror destellante y flamígero se tornasoló en un manchón tenebrista que difuminaba los contornos hasta borrar toda huella. Permanecía al acecho, prevenido, dispuesto a contraatacar en el momento preciso. Se hizo un silencio absoluto, lacerante, masticable. Permanecí inmóvil, en suspenso, sin respirar. Mi corazón había dejado de latir hacía rato.